

La historia y los pasados

Presentación de esta historia

PROF. MARÍA DOLORES BEJAR
U.N.L.P.

Desde estas notas recorreremos dos historias: *La persistencia del Antiguo Régimen* de Arno Mayer y *La Era del Imperio* de Eric Hobsbawm con el propósito de comparar ambas miradas, es decir, desde dónde observan y cómo explican el pasado.

El impulso que me ha llevado a concretar este análisis comparativo es el de ofrecer un material que posibilite la reflexión en torno a una serie de interrogantes acerca de nuestro oficio de historiadores. ¿Desde dónde dar cuenta del pasado? ¿Cómo articular los espacios geográficos, los hombres que lo ocuparon, sus actividades: económicas, políticas, artísticas, científicas... y por qué no, aún las más privadas? De qué manera distinguir en esa multitud de hechos y de rostros, los que pueden ser reconocidos y los que necesariamente deben ser registrados? ¿Es válido conferirle un sentido, un orden más o menos preciso a ese complejo repertorio de imágenes y sonidos, de espacios y tiempos?, o ¿esta pretensión debe abandonarse en la medida que expresa la propuesta de una razón avasallante que, inexorablemente, sólo podrá explicar en la medida que excluya? ¿Por qué los historiadores vuelven reiteradamente hacia algunos problemas o cuestiones del pasado y nos ofrecen panoramas e interpretaciones fuertemente contrastantes?

Este último es el caso de los trabajos elegidos. Tanto Mayer como Hobsbawm coinciden en el afán por explicar la sociedad europea (centralmente) en el período que va desde los años 70 del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial y por dar cuenta de las causas y el significado de esta última, pero a partir de allí toman caminos totalmente diferentes.

A través del análisis de dichos trabajos no pretendo ofrecer un catálogo acabado que contenga las respuestas precisas al conjunto de interrogantes planteados. El objetivo es mucho más modesto, reconocer algunas cuestiones que (creo) debemos tener en cuenta para avanzar hacia (y afianzarnos en) el reconocimiento de las respuestas buscadas, sin pretender con esto, que en algún momento lograremos su perfecta y completa enunciación. Desde aquí sólo se esboza un camino posible.

Pero desde aquí también, se identifican los caminos que resulta conveniente abandonar. Y esto en virtud del carácter limitado que revelan muchas de las propuestas "renovadoras", ya sea aquellas que pretenden ofrecer alternativas para superar a la desprestigiada historia política -la que entiende el pasado como acumulación de información, principalmente de las acciones y actividades

gubernamentales- como las que elaboran interpretaciones críticas sobre la "maligna" historia ideológica- aquella que explica el pasado en relación con determinados intereses objetivos políticos, cualquiera sea su tema específico.

No es desde las alternativas que nos proponen pasar de una historia de batallas a otra basada en las cifras de producción, o a una que se construyera sobre el registro de las grandes creaciones culturales del hombre que encontraremos respuestas a los interrogantes planteados.

Tampoco las interpretaciones que privilegian el análisis de los discursos a fin de precisar los presupuestos ideológicos de quienes han encarado la reconstrucción del pasado, nos permiten avanzar demasiado. Durante mucho tiempo, en el caso de la historiografía argentina, el debate en torno a: desde dónde y cómo explicar el pasado, se ha reducido a: cuánto y cómo se defiende la nación, o se alienta a la antipatria; cuánto y cómo se forja a las mentes en los postulados del marxismo, o en la defensa del liberalismo, o en la adhesión a los principios autoritarios, cuánto y cómo...

No planteo que dichas batallas deban o puedan desaparecer; son expresión y parte constitutiva de los conflictos, tensiones y acuerdos a través de los que, cada sociedad procesa su propia trayectoria.

Sí propongo que, quienes como profesionales contamos con otras posibilidades, intentemos salir de estos caminos trillados. A través del análisis de los trabajos citados intento justamente eso: reconocer en qué términos podemos enmarcar el debate sobre, qué tipo de historia estamos sosteniendo, cuál necesitamos para elaborar nuestra explicación del pasado.

1. La persistencia del Antiguo Régimen

Mayer encaró este estudio del Antiguo Régimen impulsado, en gran medida, por los resultados (y las limitaciones) de una investigación anterior sobre el significado de la Primera Guerra Mundial. A través de la misma había intentado explicar sus causas y sus objetivos internos reconociendo una estrecha relación entre el resurgimiento del conservadurismo y la concreción del conflicto.

Las críticas que se le plantearon en el sentido de que daba por sentado más que demostraba la supervivencia del antiguo orden en Europa hasta el siglo XX, lo indujeron a intentar demostrar, en forma más consistente, dicha hipótesis.

Como él mismo reconoce, esta obra está signada por una fuerte intencionalidad polémica. Pretende refutar la versión más ampliamente difundida entre los historiadores y desde la cual, este período (desde mediados del siglo XIX hasta la Gran Guerra) aparece signado por el triunfo de las fuerzas representativas de lo nuevo- la industria, la burguesía, el modernismo- sobre las de lo antiguo y tradicional.

Para Mayer, como resultado de esta actitud que ha soslayado la

presencia de las fuerzas contrarrestantes- lo agrario, la nobleza, la alta cultura- se ha caído en "una versión parcial y deformada del siglo XIX y comienzos del XX" (p.15). Desde su perspectiva, habría que matizar, mostrar una relación más equilibrada entre los elementos nuevos y los tradicionales. Sin embargo, él no se hará cargo de esa empresa. Opta deliberadamente por presentar una versión decididamente opuesta a la anterior. Y esto porque: "*A fin de contrarrestar la forma en que crónicamente se han exagerado el desarrollo y el triunfo final de la modernidad (este trabajo) se centrará en la persistencia del antiguo orden*" (pp. 15-16) (la cursiva es mía).

Una justificación inconsistente para un desafío de tal envergadura. No parece razonable que sea necesario demostrar la acabada persistencia del Antiguo Régimen a principios del siglo XX con el sólo propósito de refutar versiones que acentúan la presencia de un capitalismo monopolista ya consolidado. Su afán por demostrar la presencia vigorosa y dominante de lo antiguo se vincula con otras razones.

En su Introducción a este trabajo, Mayer sostiene una determinada y contundente interpretación sobre el significado de ambas Guerras Mundiales y el fascismo.

"Comienza con la premisa de que la Guerra Mundial de 1939-1945 estaba unida umbilicalmente a la Gran Guerra de 1914-1918, y de que estos dos conflictos fueron nada menos que la Guerra de los Treinta Años de la crisis general del siglo XX.

La segunda premisa es que la Gran Guerra de 1914 (...) fue una expresión de la decadencia y caída de un antiguo orden que luchaba por prolongar su vida, más bien que de la ascensión explosiva de un capitalismo industrial empeñado en imponer su primacía" (pp. 14-15).

Es en relación con estas interpretaciones que su interés por demostrar la vigencia acabada de un orden "totalmente preindustrial y preburgués" asume su cabal significación. En su lectura del período no busca revalorizar aquellos aspectos que han sido soslayados en la versión dominante, *debe demostrar la persistencia vigorosa y prolongada en el tiempo del Antiguo Régimen* porque sólo a partir de ella resulta posible concebir a las Guerras Mundiales y al fascismo como resultados de su resistencia a desaparecer.

¿Cuáles fueron los rasgos distintivos de los *anciens régimes*?; ¿de qué manera lograron reproducirse y preservar su posición dominante?; ¿qué tipo de crisis los afectó?; y ¿cómo y por qué ésta derivó en la Primera Guerra Mundial?. Estos son los interrogantes en torno a los cuales, reconstruye el panorama de la sociedad europea entre 1848 y 1914.

Los *anciens régimes* son presentados como conjuntos sociales coherentes, en los que, las economías, la trama social, la política, la cultura se presentan precisa y estrechamente articuladas entre sí. Y esto en virtud de que en cada uno

de estos ámbitos, la posición dominante de las clases altas les imprimen su sello distintivo.

A nivel económico, la agricultura se revela como la actividad predominante. Junto a ella se distingue un sector industrial en el que se destaca la gravitación de los pequeños capitalistas dedicados a la producción de bienes de consumo, frente a la gran industria en el sector de bienes de producción que "pertenecía mucho más al futuro que al presente".

En el plano social, político y cultural, la presencia y las prácticas de las clases altas- la nobleza terrateniente, de toga y militar- se distinguen como los elementos claves para dar cuenta de la fisonomía de cada uno de esos ámbitos.

La sociedad es decididamente nobiliaria; la política está signada por el tono y las prácticas que le imponen las aristocracias y las realezas; y en el escenario cultural se despliegan las creaciones de la alta cultura.

Para demostrar la existencia efectiva de estos *anciens régimes* en la sociedad europea, Mayer se sumerge en el análisis de las seis principales potencias: Italia, Austria-Hungría, Alemania, Rusia, Francia e Inglaterra. En virtud de esta selección quedan englobadas y configurando un espacio relativamente homogéneo: los tres grandes imperios semiabsolutistas: el de los Hohenzollern, el de los Romanoff, y el de los Habsburgos; las dos cunas de las revoluciones burguesas: el Reino Unido y la República de Francia; y la monarquía parlamentaria de Italia. La delimitación del espacio no es arbitraria, la definición de las principales sociedades europeas como *Anciens Régimes* resulta esencial a los fines de demostrar la persistencia de los mismos. De otra manera, una imagen más matizada, a partir de la exclusión de alguna(s) de ellas, afectaría la convalidación de aquellas hipótesis fuertes que hemos consignado.

Desde esta mirada se privilegiarán los rasgos que dichas sociedades comparten, al tiempo que sus diferencias podrán ser reconocidas, pero inevitablemente se les concederá escasa relevancia. Para Mayer resulta significativo, por ejemplo, que aunque Francia sea una república, su presidente, Poincaré, haya adoptado un estilo monárquico.

La caracterización de dichas sociedades se inicia con el recorrido por sus economías. A través del mismo, Mayer intentará demostrar que las fuerzas del orden preindustrial poseían una gravitación decisiva y que no eran meros vestigios del pasado.

"Las economías europeas aportaban el material en que se basaba esta continuación de la preeminencia de las noblezas terrateniente, militar y de toga. La tierra siguió siendo la principal forma de riqueza y de rentas de las clases dirigentes y gobernantes hasta 1914" (p. 20).

Para el autor, la persistencia de este ámbito agrario- cuya constatación resulta decisiva porque de ella depende la existencia de las clases dirigentes y gobernantes- queda avalada por la serie de datos recogidos sobre cada una de las

sociedades analizadas. Los mismos, según Mayer, permiten sostener la preeminencia de la agricultura sobre el resto de las actividades económicas, pero además, y centralmente, confirman la presencia de una élite agraria propietaria de extensos latifundios.

Respecto a la primera cuestión, la agricultura se recorta como la actividad predominante porque:

"Salvo en el Reino Unido, el sector agrícola ocupaba a una parte mayor de la fuerza de trabajo, y generaba también una proporción mayor del producto nacional bruto que ningún otro sector" (p.27).

Efectivamente el Reino Unido estaba lejos de cumplir estos requisitos ya que, la agricultura sólo ocupaba al 12% de la fuerza de trabajo y aportaba el 9% del ingreso nacional. Y aunque en el Continente, dicha conclusión guarda una mayor correspondencia con los datos, no queda confirmada en forma acabada por los mismos. Si bien en el Imperio zarista, la agricultura absorbía el 66% del empleo total y contribuía con el 35% del ingreso nacional; ni en Francia, ni en Alemania, la mayoría de la población estaba ocupada en labores rurales.

También en el sector industrial, comercial y financiero, los elementos distintivos de lo antiguo poseían una presencia más destacada que las fuerzas innovadoras. Nuevamente las cifras- fundamentalmente el porcentaje de fuerza de trabajo ocupada en cada una de las actividades- indican que las empresas pequeñas y medianas, productoras de bienes de consumo, se imponían frente a la gran industria. A través de esta descripción resulta evidente que Mayer está interesado en refutar la difundida versión del leninismo, el imperialismo como fase superior del capitalismo: "para 1914 el capital monopolista y financiero se hallaba más bien en su fase inicial que en la más alta o última (...) el nuevo capitalismo no sustituyó al antiguo (...) y tampoco se transformó el capitalismo en un imperialismo impulsado por las exportaciones de mercancías" (p. 27).

Luego de estas aclaraciones, el proceso de expansión imperial europeo no vuelve a ser considerado por Mayer.

Al concluir el recorrido por las economías de los *anciens régimes*, constatamos que el autor nos ha ofrecido una serie de imágenes estáticas, como si hubieran sido captadas desde el lente de una cámara fotográfica. Un registro desde el cual resulta imposible distinguir la dinámica del proceso económico. Cabe destacar que este panorama presenta en algunos de sus aspectos una imagen matizada y equilibrada frente a aquellas interpretaciones que reconocen en el período la acabada consolidación del capitalismo monopolista. Pero este- tal como nos lo anunciara el autor- no es su propósito y en consecuencia, desvaloriza el significado de las tendencias que están imponiéndose y hacia las cuales se orientaban esas economías. Mayer no ignora las limitaciones de su enfoque y él mismo las explicita cuando el mero recuento de datos le impiden dar cuenta de un rasgo central de dichas economías: la tendencia hacia la crisis de la agricultura.

"El abstraer los acontecimientos agrícolas de su contexto histórico y exponerlos en cifras agregadas es fomentar una lectura gravemente errónea de los *Anciens Régimes*. No se puede minimizar la relativa decadencia económica de la agricultura ante el crecimiento gradual de la industria" (p. 41).

En este caso, la tendencia económica que destaca resultará clave cuando intente definir la presencia de factores que afectaron la conciencia de la nobleza terrateniente. Una conciencia en la que se concretaron cambios decisivos y a partir de los cuales se avanzó hacia la Primera Guerra Mundial.

En cuanto al segundo rasgo distintivo de estas economías, la gravitación de la élite agraria, Mayer no duda en afirmar que ésta continuaba siendo la clase dominante: "En todos los aspectos, incluido su número y su riqueza, los agrarios siguieron estando por encima de los magnates industriales y de las profesiones liberales" (p.32).

Estos agrarios que tenían en sus enormes fincas rústicas la fuente principal de sus cuantiosas rentas y riqueza, eran los principales defensores económicos y sociales de los *anciens régimes*. Más allá de estas definiciones contundentes, al ser observadas detenidamente desde este ángulo económico, la fisonomía de las clases altas se torna borrosa. El autor no logra trazar ese perfil nítido y contundente que les confiere cuando las mira desde la sociedad, la política o la cultura. Veamos cuáles son las razones para de este diferente tratamiento del mismo sujeto social.

Las clases altas en su calidad de agrarios revelan rasgos disímiles según la sociedad desde la que se los analice. Estos contrastes que distinguen a los agrarios de unas sociedades respecto a los de otras son tan significativos y decisivos que no resulta posible visualizarlos como un sujeto social desplegando prácticas y asumiendo objetivos comunes.

Los terratenientes ingleses, propietarios de los más extensos latifundios dentro del conjunto de las élites agrarias, eran decididamente capitalistas. Tanto en virtud de las transformaciones que habían concretado en el ámbito de la producción agraria, como a partir de sus inversiones en las actividades comerciales y financieras. En consecuencia, la nobleza inglesa no intentó cambiar el rumbo de la economía y ante la crisis de la agricultura, optó por seguir sosteniendo los principios del librecambio, favorables a los intereses comerciales y financieros, antes que recurrir al proteccionismo.

El caso de Francia resulta aún más problemático. A raíz de la Revolución, la nobleza terrateniente no sólo había perdido sus propiedades, también su posición política había sido fuertemente afectada. Aquí, no sólo resulta difícil distinguir esa sólida base material distintiva de la nobleza, sino que ella misma, como clase dirigente, se encuentra en una posición frágil.

Cuando pasamos a Rusia, el mismo Mayer reconoce que la condición de los nobles dependía más del favor de los Romanoff que de las rentas que

podieran obtener de sus tierras. Además esa nobleza de toga y militar, que entregaba sus servicios leales a la autocracia, *"desempeñó un papel importante en la determinación de la forma, el alcance y el ritmo de la industrialización, cuyos imperativos eran tanto nacionales como internacionales"*(p.117).

En el caso de Alemania, a diferencia de Inglaterra, los agrarios latifundistas, nobles y parcialmente feudales lograron imponer una política económica proteccionista, pero la misma no sólo respondía a sus intereses, era el resultado de la colaboración entre *"los reyes del centeno y los del acero"*.

Desde aquella élite agraria dominante, identificada al comienzo, hemos terminado arribando a un paisaje signado por las divergencias en el que tuvieron cabida, desde los agrarios ingleses acabadamente capitalistas, hasta los decididamente feudales del sur de Italia, pasando por situaciones como la de Francia que aunque no era *"una república de pequeños campesinos independientes"*, tampoco *"era un país de grandes latifundistas"* (En este caso, al invertir el orden de los términos, he sugerido una conclusión opuesta a la que plantea el autor) (p. 37).

Mayer no ignora que en el ámbito económico las clases altas presentaban un cierto grado de heterogeneidad y que constitúan grupos diferentes en virtud de su mayor o menor vinculación con las prácticas capitalistas de producción.

"Las desemejanzas entre la Europa al este y al oeste del Elba se hicieron enormes. Sobre todo en Rusia y en Prusia, pero también en Hungría y en el sur de Italia, de hecho las prestaciones en trabajo y la servidumbre legal se intensificaron antes de ir desapareciendo gradualmente. En casi todo el resto de Europa, los nobles terratenientes se hicieron postfeudales en términos económicos al ir adoptando métodos capitalistas de producción agrícola y de explotación de la tierra" (p. 19).

Sin embargo, desde su perspectiva, estos contrastes no afectaron la configuración de un sujeto social definido, la nobleza terrateniente que sabía perfectamente quién era y qué quería. Su existencia como tal se derivaba de esa precisa conciencia sobre sí misma y ésta se forjaba en el terreno social y político, no era el resultado de la posición que ocupaban sus miembros en el ámbito productivo.

Aunque en su condición de agrarios, las noblezas estuvieran signadas por fuertes diferencias, en su calidad de clases dirigentes que controlaban el poder político, actuaron decididamente para preservar la vigencia del antiguo orden.

El conflicto entre las fuerzas innovadoras -el capitalismo industrial, la burguesía- y las fuerzas de *"la inercia y la resistencia"* -las noblezas, los intereses económicos preindustriales- se dirimía centralmente, en el terreno social y político y aquí, el predominio de las segundas resultó decisivo al momento de trazar un rumbo para la economía.

"Especialmente, a juicio de las noblezas terratenientes, los sistemas de autoridad que atendían a sus deseos de manera desproporcionada eran baluartes indispensables de su privilegiada situación económica, social y cultural. No cabe duda de que los *anciens régimes* se habrían contraído antes y con mayor velocidad de no haber gozado de aquel blindaje político protector". (p. 125).

Desde las economías, a través de los agrarios, Mayer sólo nos ha ofrecido el boceto inicial de un sujeto social que requiere ser enfocado desde otros ángulos y con otras lentes para dar cuenta acabada de su fisonomía. Con este propósito, el autor se interna en el análisis de la trama social donde reconocerá a "*las clases dirigentes*" y a "*la burguesía deferente*".

Las noblezas ubicadas en la cúspide del escenario social pudieron imponer su dirección sobre el conjunto de la sociedad porque eran propietarias de la principal fuente de riqueza, la tierra, pero también en virtud del caudal simbólico, cultural y político que controlaban y a través del cual se definían. Estos recursos, manejados desde una precisa conciencia de sus intereses y necesidades, les permitieron organizar una sociedad con cohesión en torno a determinados objetivos los que, en última instancia, eran sus propios objetivos. De esta manera, desde la reproducción de la sociedad quedaba garantizada su propia reproducción.

A pesar de su coherencia, estas noblezas que comprendían a los terratenientes y a los funcionarios militares y civiles del Estado, no conformaban un grupo homogéneo. Miradas desde el poder y prestigio con que contaban, Mayer distingue a las aristocracias, a las noblezas intermedias y a las realezas. Las primeras, el grupo más exclusivo y limitado, combinaban la sangre azul con una enorme riqueza en tierras, y poseían un considerable poder político. Las segundas constituían un grupo menos definido con un linaje y una riqueza más modestos. Las realezas estaban en la cúspide del sistema y poseían una gravitación decisiva en la configuración del espacio simbólico de dichas sociedades.

A partir de su actitud hacia la burguesía se escindieron en dos sectores: "los puristas más tercos desdeñaban a los burgueses advenedizos por contaminar la sangre, el código social y el estilo de vida de la aristocracia, los integracionistas flexibles (...) consideraban que la asimilación individual y subordinada de sangre, riqueza y talentos nuevos, así como la apropiación de ideas nuevas, era una señal de la persistencia de la vitalidad de la nobleza" (p.85).

Si apartamos la mirada de este sujeto que se desplaza seguro por el escenario de los *anciens régimes* portando todos los atributos propios de una clase con hegemonía, e intentamos conocer al resto de la sociedad, ésta prácticamente se desvanece. Resulta imposible distinguir otros espacios fuera de aquellos que son transitados por las clases dirigentes, y si pretendemos reconocer otros rostros, sólo nos encontraremos con el desdibujado perfil de la burguesía deferente. Fugazmente, se distingue al campesino y la clase media urbana y rural, a la manera de materiales

modelados por las clases altas y como mero instrumentos de éstas.

Las burguesías son presentadas, casi, como la contrapartida de las noblezas terratenientes: carecieron de una definida conciencia, actuaron poniéndose en duda, negándose a sí mismas y con el propósito de ser parte de aquel mundo tradicional. "*Su ambición suprema no era la de asediar o derrocar al sistema señorial establecido, sino lograr la entrada en él*" (p. 86).

En su seno coexistieron diferentes sectores, tanto por razones económicas como políticas. Grandes industriales y financieros por un lado, pequeños y medianos empresarios, por otro; unos partidarios de la protección económica, el antiliberalismo político y el imperialismo fuerte, otros a favor del libre comercio, las libertades democráticas y el imperio no formal. Aunque escindidas a nivel económico, su debilidad fue consecuencia, principalmente, de sus carencias políticas y culturales: no tuvieron una tradición que las legitimase, no contaron con el reconocimiento de su liderazgo por parte de otros sectores sociales, y además, las burguesías no tuvieron gravitación en el seno de los gobiernos, una de las claves para dar cuenta de su subordinación. En estas condiciones no pudieron asumir una conducta coherente.

Sobre la base de la actitud flexible de un sector de la nobleza y del carácter subordinado de la burguesía, el encuentro entre ambas derivó en un proceso de fusión que fue claramente asimétrico: "*la aristocratización de la burguesía dócil fue mucho más penetrante que el aburguesamiento de la nobleza*" (p. 84). El mismo se concretó a través de las puertas que la nobleza le abrió a la burguesía: la concesión de títulos de nobleza, las invitaciones a reuniones sociales en los salones de la aristocracia, las propuestas matrimoniales. Esta última fue la forma de relación menos asimétrica, ya que los matrimonios operaron también, como recurso para apuntalar las fortunas en decadencia de las noblezas.

Pero ni en la economía, ni en la sociedad se encontraba el núcleo vital de los antiguos regímenes; como tampoco, la riqueza y el status social daban cuenta acabada de la fisonomía de las clases altas. Para encontrarlo y para reconocerla habrá que llegar al escenario político y a las clases gobernantes. En dicho escenario y a través del poder que éste les confería, las noblezas que lo ocupaban y controlaban se erigieron en la clase con hegemonía de esas sociedades. En consecuencia, al mismo tiempo que usaban todos los medios a su disposición para preservar su condición, reproducían a los *anciens régimes*. Fue a partir entonces, de su acabado dominio de los organismos de gobierno -el trono, las cámaras altas y aunque, en menor medida, la Cámara Baja de los parlamentos- y del conjunto de instituciones vinculadas con la configuración y la reproducción de las concepciones y los valores de la sociedad que lograron mantener su posición económica, social y también política.

Desde el ámbito político y cultural, el poder de las clases gobernantes se despliega con toda su fuerza a través de diferentes manifestaciones las que, tal

como lo presenta el autor, les habría permitido una acabada subordinación del conjunto social.

Estas clases gobernantes no eran sólo las noblezas terratenientes ocupando posiciones destacadas en los organismos de gobierno, en su composición tuvieron también un papel principal la nobleza de toga y militar y los funcionarios especializados. Mientras los agrarios se sentían amenazados por la paulatina contracción de las economías rurales los grandes funcionarios civiles y militares del Estado *"estaban perfectamente anclados en unas estructuras estatales en rápida expansión"* (p. 83). Aunque los nobles habían perdido poder frente a los monarcas absolutos, tanto en términos militares como políticos, la conformación de los aparatos estatales los hizo necesarios y fueron asimilados en su seno y a través de este proceso *"los nobles quedaron compensados de la pérdida de poder político privado"* (p. 19). Ocuparon los puestos claves en los nuevos ejércitos y las nuevas burocracias. Pero no estaban solos, la incorporación de nuevos elementos a la administración estatal fue consecuencia de la necesidad de contar con un personal que poseyera los conocimientos técnicos adecuados, en un contexto en que se incrementaban y complejizaban las tareas de los gobiernos. También en este ámbito, la nobleza pudo obtener el reconocimiento de su preeminencia por parte de los funcionarios de origen no noble o sea, los hijos educados de la clase media y las familias burguesas.

"Los funcionarios de orígenes humildes renunciaban a su pasado e interiorizaban el código de la nobleza a fin de prosperar. (...) Además de demostrar, por no decir de exhibir, su lealtad social y política, los aspirantes de origen humilde asimilaban la ética y la mentalidad de la vieja administración (...) la burocracia siguió siendo una aristocracia, tanto civil como militar, cuya ética y cuyo código operacional dominante eran los nobiliarios" (pp. 167-68).

El control de este aparato estatal resultaba vital para las clases dirigentes porque así como la tierra era la base material sobre la que construyeron su riqueza y adquirieron prestigio social, el poder político era el que, en última instancia, garantizaba la reproducción de su hegemonía.

A lo largo de esta argumentación, y antes de que el autor concrete un registro más preciso, resulta posible prever cuáles debían y podían ser las políticas instrumentadas desde el poder político. Efectivamente, desde su mirada, las acciones desplegadas por las clases gobernantes no presentan tensiones ni contradicciones, sólo dan cuenta de una voluntad con hegemonía que está ahí para ser mostrada. Y esto es lo que hace Mayer, recoger y exponer todas aquellas prácticas instrumentadas desde los gobiernos y a través de las cuales buscará confirmar la postulada presencia de una clase acabadamente signada por la hegemonía.

En algunos casos, dichas acciones tuvieron un contenido y un alcance decididamente sectorial: la defensa de los intereses económicos de los agrarios.

"Las élites agrarias estaban en condiciones de utilizar su influencia desproporcionada sobre el aparato del Estado para conseguir ayuda gubernamental en forma de protección arancelaria, transportes subvencionados, créditos baratos y exenciones de impuestos" (p. 40).

Los agrarios "se obsesionaron con el mantenimiento o incluso el reforzamiento de su control de la sociedad política, único dique que podía salvarlos de que los barrieran" (p. 274).

Esta capacidad del poder político para operar sobre el rumbo de la economía también fue utilizada a favor de la burguesía "*al fomentar o salvaguardar sus intereses económicos con contratos estatales, aranceles proteccionistas y preferencias coloniales*", pero en este caso, a cambio de su subordinación social y política.

Una subordinación posibilitada por la flexibilidad de las noblezas, pero centralmente en virtud de la naturaleza del sujeto al que se hacían concesiones.

Pero hubo también acciones de otra naturaleza, aquellas que encaras desde la sociedad política estuvieron destinadas a preservar la cohesión del conjunto social y a reproducirlo como un todo coherente. Entre éstas, Mayer reconoce la importancia de "*los rituales públicos brillantes minuciosamente coreografiados que reavivaban sentimientos monárquicos muy hondos al mismo tiempo que exaltaban el antiguo orden como un todo y renovaban su legitimidad*" (p. 131).

Asistimos así a una serie de ceremonias deslumbrantes y magníficamente retratadas por el autor: el funeral de Eduardo VII (1910), la coronación de Jorge V (1910), el vigésimo quinto aniversario del reinado del emperador Guillermo II, el sexagésimo aniversario del reinado del emperador Francisco José, la coronación de Nicolás II y Alexandra Feodorovna, la celebración del tricentenario del reinado de los Romanoff y el quincuagésimo aniversario de la unificación de Italia.

En el campo de la cultura, el poder político operó como barrera de contención frente a las vanguardias al tiempo que posibilitaba la reproducción de la alta cultura tradicional. De esta manera, también el campo artístico se renovaba de acuerdo a los cánones del viejo orden contando para ello con la presencia activa de los intelectuales que ya estaban vinculados a él, que eran parte constitutiva del mismo.

"Y al igual que los intereses económicos anticuados aprovecharon al máximo su influencia política para lograr aranceles proteccionistas y preferencias fiscales, asimismo los artistas destacados utilizaron su influencia en las instituciones hegemónicas claves -las academias, los salones, los museos, los ministerios de cultura- a fin de conseguir apoyo a sus formas de expresión pasadas de moda" (p. 178).

Los gobiernos contaron con una serie de elementos a su favor que

garantizaban el éxito de esta empresa, los enormes recursos materiales que podían canalizar hacia estas actividades fueron uno de los medios más eficaces.

"Las entidades públicas construían oficinas gubernamentales, ayuntamientos, museos, bibliotecas y universidades; encargaban murales, monumentos y estatuas, organizaban exposiciones universales y festivales públicos y fundaban instituciones de investigación" (p. 181).

Este poder económico era aún más decisivo, nuevamente, porque no existía otra clase con vocación hegemónica. Las burguesías que eran las únicas que poseían los bienes materiales necesarios para contrarrestar los efectos de esa cultura tradicional, como ya se señaló, prefería cobijarse bajo el manto prestigioso de ese orden ya consagrado antes que arriesgarse apoyando las empresas de las vanguardias.

Los gobiernos no estuvieron solos en esta tarea de preservación del orden existente, hubo otras instituciones que lo apoyaron y reforzaron en dicha actividad: los centros de enseñanza superior y la Iglesia. La decisiva gravitación de esta última fue posible porque la religión seguía teniendo un lugar relevante en el seno de las sociedades europeas. Al observarlas centralmente desde el ámbito agrario, el autor enfatiza un rasgo, la religiosidad, que otros historiadores relativizan al mirarlas desde el escenario urbano.

El papel de la Iglesia respecto a los *anciens régimes* no podía ser otro que el de guardián de sus valores porque su propia existencia dependía de la vigencia de aquellos. Su poder económico se alimentaba de la tierra que poseía en su calidad de latifundista, pero también del apoyo material de los gobiernos que les concedían créditos y subvenciones. La jerarquía eclesiástica, además, formaba parte de las clases altas.

La presencia de un auditorio disponible, le permitió desplegar una serie de acciones destinadas a preservar la persistencia de un orden que era su propio orden. Ella también, como la realeza, contó con la posibilidad de imantar a través de ceremonias espectaculares que *"dramatizaban gráficamente la interrelación entre el altar y el trono"* (p. 225). Además ejerció un destacado papel en el terreno de la educación, sobre todo a nivel de las escuelas primarias. Y en el escenario político, aportó un número no despreciable de sus miembros para el fortalecimiento de las causas conservadoras.

Otro pilar fue la enseñanza superior, que impartida en ámbitos institucionales de definido perfil aristocrático, posibilitó la reproducción de los valores y la visión del mundo distintivos de las noblezas. Estos espacios fueron uno de los canales más aptos a los fines de concretar esa deseada y conveniente fusión de las burguesías con las noblezas.

Sin embargo, la reproducción del orden antiguo no fue sólo el resultado de unas acciones flexibles que, sabiamente encaradas, recogieron los frutos esperados. Cuando las clases altas visualizaron que los desafíos que tenían

que enfrentar eran de una envergadura tal que no podrían ser superados a través del consenso y la cooptación, recurrieron consciente y premeditadamente al uso de la fuerza y condujeron a la humanidad hacia la Gran Guerra.

De esta manera, un proceso que venía desarrollándose dentro de una lógica que mantenía un relativo equilibrio y una cierta armonía entre lo viejo y lo nuevo -más allá del definido predominio de lo primero- se quebró abrupta y dramáticamente. Y esto a partir de que la visión del mundo de las clases dirigentes y gobernantes sufrió un *"cambio copernicano (...) del tradicionalismo confiado y flexible al conservadurismo pesimista y rígido, por no decir a la reacción"*. (p. 258).

Esta transformación en la actitud de las clases altas coincidió con la presencia de una serie de elementos y fuerzas nuevas que activaron y reforzaron dicho cambio: la presencia de la *"nueva filosofía del irracionalismo, el elitismo y la decadencia cultural"* (p. 276); la posibilidad de movilizar a los sectores de la clase media baja urbana y rural *"que se sentían amenazados tanto por la modernización económica como por la nivelación social"* (p. 274); el más definido y decidido alineamiento de un sector de la burguesía con los agrarios.

"A cambio de su ayuda en la adquisición de asistencia estatal, los líderes empresariales tiraron por la borda sus ideas liberales, hicieron suya la visión conservadora del mundo y apoyaron la política del antiliberalismo" (p. 254).

Más allá de esta conjunción de factores, Mayer reconoce al cambio operado en la conciencia de las clases altas, como el factor clave a fin de explicar el nuevo rumbo del proceso histórico.

"El detonador de la crisis general de Europa fue la sobre-reacción de las viejas élites a peligros para sus posiciones superprivilegiadas percibidos de forma exagerada. En su mentalidad de acoso exageraron el ritmo de la modernización capitalista, la revuelta de la plebe, la fragilidad del aparato estatal y la ruptura de la burguesía industrial y profesional" (p. 276).

A partir de esta nueva conciencia sobre su situación, los peligros que la acechaban y las posibilidades con que contaba para continuar preservando su posición, las clases gobernantes emprendieron consciente y decididamente el camino de la guerra.

"Al final, en julio-agosto de 1914, los gobernantes de las grandes potencias, casi todos ellos pertenecientes a la alta nobleza, marcharon hacia el precipicio de la guerra con los ojos bien abiertos, las cabezas bien frías y sin que los presionaran las masas" (p. 292).

II. La Era del Imperio

Hobsbawm, a diferencia de Mayer, no se propone defender una tesis. Su preocupación es la de *"explicar un mundo en proceso de transformación revolucionaria"*. ¿De qué manera?, desde una mirada que posibilite ' ' ver

el pasado como un todo coherente más que como una acumulación de temas diferentes" e intentando desentrañar cómo y por qué están relacionados todos los aspectos de ese pasado: la política, la economía, la cultura o cualquier otro tema (p.v).

Su explicación del pasado se basa entonces en una determinada concepción sobre la historia según la cual, ésta es una reconstrucción coherente. Dicha propuesta lleva implícita una manera de entender el proceso social, éste no sería el resultado de un conjunto heterogéneo de elementos, fenómenos y sujetos reunidos al azar, por el contrario, el mismo debe responder a una cierta lógica, a un modo de articulación entre los diferentes niveles de la sociedad de manera que sea posible dar cuenta de cómo y por qué están relacionados.

Sobre la base de estos principios -tan cuestionados a fines de este milenio- Hobsbawm construye su historia de la larga centuria burguesa. Una historia que inició con el trabajo *Las revoluciones burguesas*, continuó con *La era del capitalismo* y que concluye con *La era del Imperio*, ese momento histórico" en que se hizo evidente que la sociedad y la civilización creadas por y para la burguesía liberal occidental representaba no la forma permanente del mundo industrial moderno, sino tan sólo una fase de su desarrollo inicial" (p. 14).

Este análisis global del siglo XIX (aunque no hubo un plan previamente concebido en este sentido, cada obra, excepto la última, fue pensada en forma independiente) está sostenido en una precisa definición acerca del significado de dicho siglo dentro de la historia humana. Para Hobsbawm, el eje central de esta centuria es "el del triunfo y la transformación del capitalismo en la forma específica de la sociedad burguesa en su versión liberal" (p. 8).

En lugar de la persistencia que enfatiza Mayer, Hobsbawm reconoce en el cambio, el núcleo clave del siglo XIX. Un cambio que fue impulsado desde las regiones más dinámicas, aquellas que situadas en las orillas del Atlántico Norte, conformaron "*el núcleo del capitalismo*" (p. 26).

Luego de esta presentación, uno tiene la certeza de que a través de Hobsbawm, en el siglo XIX y principios del XX, encontrará otros espacios, reconocerá otros sujetos, visualizará otras cuestiones y que frente a los mismos interrogantes recibirá respuestas diferentes de las que ofreciera Mayer. Y esto efectivamente, es lo que ocurre.

En *La Era del Imperio*, los *anciens régimes* ocupan un lugar secundario porque, más allá de que algunos de sus rasgos distintivos estén presentes, para Hobsbawm, mucho antes de que se iniciara este ciclo, los mismos ya habían sido subordinados a la hegemonía económica, institucional y cultural de la burguesía triunfante.

Observemos la sociedad burguesa que se recrea en *La Era del Imperio* a fin de precisar el significado de estos contrastes. El período es analizado, como en el caso de Mayer, a partir de la definición de un espacio, y a través de la

caracterización de su economía, sus relaciones sociales, políticas, culturales, para concluir con la explicación de la Primera Guerra Mundial.

Como puerta de entrada a la era del Imperio, Hobsbawm delimita el espacio en el que se desarrolla esta historia. Un espacio que ahora es mundial, más allá de que concentre su atención en ese conjunto de sociedades que conforman la zona "desarrollada", aquella en la que la economía capitalista en su manifestación burguesa se ha afianzado. Aquí tampoco la selección del espacio es arbitraria. Para Hobsbawm, esta historia no puede dejar de ser mundial en virtud de las consecuencias derivadas de la expansión sin límites que es inherente al capitalismo. La misma ha hecho del mundo un espacio cada vez más unitario, aunque no más homogéneo. Por el contrario, se configura como un espacio global en el que se agudizan los contrastes.

En un sector nos encontramos con el núcleo de sociedades desarrolladas: los ricos, los que colonizan; en el otro: los pobres, los dependientes y al mismo tiempo una estrecha vinculación entre ambos. El contraste entre dichos sectores no se deriva de la existencia de dos tipos de actividades económicas acabadamente definidas en cada uno de ellos, sociedades industrializadas por una parte, y agrícolas por otra. En ambos, se reconocen elementos distintivos de estas actividades. En Europa, núcleo del desarrollo capitalista, por ejemplo, sólo en seis sociedades: Bélgica, Reino Unido, Francia, Alemania, Francia, Sociedades Bajos y Suiza, la mayoría de la población no estaba empleada en la agricultura. No obstante, en esa zona, la industria ya había comenzado a ser la actividad hacia la que, cada vez más aceleradamente, se orientaban las sociedades. Una actividad en la que, la producción a cargo de familias de artesanos o la que se realizaba en talleres pequeños y medianos todavía tenía una presencia destacada y relativamente vigorosa.

Para Hobsbawm, la distinción más notable entre estos dos conjuntos en que se escindía el mundo era de orden cultural.

"El mundo desarrollado estaba formado en su casi totalidad por países o regiones en los que la mayoría de la población masculina y, cada vez más la femenina, era culta; donde la política, la economía y la vida intelectual en general se habían emancipado de la tutela de las religiones, reductos del tradicionalismo y la superstición".

A su vez cada conjunto no conformaba un todo homogéneo. Las diferencias entre las sociedades atrasadas eran tan acentuadas que sólo se las puede pensar como un conjunto en virtud de un rasgo común: su posición dependiente.

Y en cuanto a Europa que además de tener industrias o tender hacia la industrialización, compartía una historia común, también estaba marcada por contrastes. Desde Hobsbawm las seis principales sociedades europeas presentaban diferencias significativas. Aunque Alemania, Francia, Gran Bretaña integraban

el núcleo desarrollado, en la primera no resulta posible reconocer los rasgos de la sociedad burguesa signada por el liberalismo. De esta manera su entrada al escenario europeo como sociedad desarrollada puso en tela de juicio el vínculo que se había pensado como necesario entre el desarrollo económico y la expansión del liberalismo. En el caso de Rusia y Austria-Hungría sólo pertenecían al núcleo desarrollado en forma parcial o marginal. Estaban en los límites de la sociedad capitalista y burguesa y al mismo tiempo se encontraban dentro de esa zona signada por la crisis y la revolución que había sido desestabilizada a raíz del impacto de la expansión del centro desarrollado. En su calidad de potencias formaban parte del sistema político europeo, pero en virtud de su condición de imperios multinacionales en los que lo nuevo y lo viejo se combinaba de manera explosiva, compartían con los imperios antiguos (China, Persia, Turquía) la inestabilidad social y política y la presencia corrosiva de las revoluciones.

Si Hobsbawm advierte la necesidad de definir un espacio global y si al mismo le confiere una determinada configuración, es porque está observándolo desde una economía que se transforma y cuya dinámica es una de las claves para dar cuenta del mismo.

Su mirada nos da cuenta de una economía que cambia de ritmo en relación con un proceso de industrialización que afectaba a un número creciente de sociedades, marcando el rumbo de sus economías. Estas era las más dinámicas y las que incidían decisivamente en la nueva configuración del escenario mundial. A través de su registro se reconoce el afán por dar cuenta del movimiento, del proceso a través del cual en cada caso específico avanza lo nuevo y lo antiguo se resquebraja.

Presenta entonces una variedad de situaciones. Las sociedades que en poco tiempo canalizaron sus energías hacia la producción de hierro, acero, carbón, tendieron redes de ferrocarril, modificaron su percepción del tiempo y el espacio; otras que, en cambio, al quedarse en la preservación de situaciones adquiridas perdieron posiciones; las que se desestabilizaron hondamente frente a las consecuencias derivadas del cambio. Los desplazamientos de la población, desde un país a otro, del ámbito rural al urbano. Registra los procesos que signaban el desenvolvimiento de las diferentes actividades económicas recomponiendo la fisonomía de cada una, trastocando posiciones: la gravitación de los ciclos económicos, la crisis agrícola, el afianzamiento de nuevos productores de materias primas y alimentos, el crecimiento en los volúmenes de la producción industrial, el descenso en las ganancias de quienes habían alentado dicha expansión, las respuestas frente a la Gran Depresión: la exploración de nuevas formas de producir, de nuevas formas de invertir, y la expansión imperial. En este nuevo contexto, dicha expansión asume una presencia decisiva. Hobsbawm no sólo le dedica un capítulo, "La era del Imperio", a través del cual busca explicar sus causas y dar cuenta de sus repercusiones en las diferentes sociedades, las que colonizaban y las que eran

colonizadas, la misma también está presente en el análisis de la nueva política, la "*democracia integradora*", cuando precise las transformaciones que sufrió el nacionalismo, y cuando identifique las tensiones que afectaron al escenario mundial.

Estas transformaciones que estaban concretándose en el seno del capitalismo afectaron decisivamente a la sociedad burguesa que se vio enfrentada a nuevos dilemas y en virtud de los cuales fue socavada la posición de la burguesía.

"Las instituciones políticas y culturales del liberalismo burgués se ampliaron a las masas trabajadoras de las sociedades burguesas, incluyendo también (por primera vez en la historia) a la mujer, (...) esa extensión se realizó al precio de forzar a la clase fundamental, la burguesía liberal, a situarse en los márgenes del poder político" (p. 9).

Este es el hilo conductor del trabajo de Hobsbawm, explicar cómo y por qué, la burguesía perdió su posición, se cargó de incertidumbres y su ciclo se cerró en 1914.

En Mayer, la crisis que afectó a los *anciens régimes* fue centralmente, el resultado de las respuestas instrumentadas por una clase dominante que se sintió cuestionada. Una clase que más allá de la erosión que afectaba a la economía que constituía su base material de sustentación (en parte una de las razones en las que se fundó su percepción de la crisis) pudo asumir con energía y decisión la defensa de su posición.

Con Hobsbawm en cambio, nos encontramos ante la crisis de la burguesía la que, en virtud de un proceso en el que se conjugaron elementos económicos pero centralmente políticos y sociales, perdió su base de sustentación, los pilares en que había afianzado su posición y que le habían conferido su fisonomía distintiva. Y aunque en el terreno económico, el capitalismo, que en parte ella misma había forjado y sobre el que fundaba su existencia, se expandía, su sociedad burguesa no pudo superar las contradicciones que la signaron.

No sólo dos crisis diferentes, también dos maneras decididamente encontradas de concebir el proceso social.

¿Cuál era, desde Hobsbawm, la dinámica de la sociedad burguesa y qué tipo de contradicciones provocaron su colapso?

Más allá del término que la distingue, la sociedad que nos presenta, no es el resultado de la acciones de una burguesía que, en su condición de grupo social superior y contando con los recursos necesarios para imprimir su sello al conjunto social, la modela de acuerdo a sus intereses y objetivos específico.

En ella, efectivamente, las prácticas sociales, los prestigios, los estilos de vida que hacían posible distinguir a unos grupos de otros y que permitían a las clases altas ocupar el lugar más destacado dentro del escenario social, dependían cada vez más de la posibilidad económica de asumirlos y cada vez menos de la precisa pertenencia a un grupo por razones de status y nacimiento.

Pero al mismo tiempo estas condiciones derivaron en la configuración de una trama social signada por la movilidad social y "el declive de las jerarquías tradicionales que determinaban quién pertenecía y quién no a un estamento de la sociedad" en consecuencia, los límites se hicieron borrosos, fueron muchos los que reclamaron el status burgués y la propia fisonomía de la burguesía estuvo lejos de ser acabadamente precisa.

"Junto a la vieja burguesía de hombres de negocios o profesiones independientes, y aquellos que sólo reconocían las órdenes de Dios o del Estado, apareció ahora la nueva clase media de directivos, ejecutivos y técnicos asalariados en el capitalis" (p. 181).

Estas transformaciones habían obstaculizado la delimitación clara de las diferencias sociales, la burguesía entonces, debió encontrar nuevos criterios y tuvo que plasmarlos en prácticas que hicieran posible precisar su posición y hacerla reconocible. Al respecto Hobsbawm reconoce como centrales: la actividad del tiempo de ocio, en especial la nueva práctica del deporte; una forma de vida y una cultura de clase media; y la educación formal.

La educación "*no utilitaria*" que Mayer identificó como uno de los instrumentos de las clases altas de los *anciens régimes* para reproducir su visión del mundo; es ahora visualizada como uno de los ámbitos que posibilitaba el ascenso social y que permitía "mostrar" la posición adquirida.

"Su principal función no era utilitaria(...). Lo que importaba era la demostración de que los adolescentes podían posponer el momento de ganar su sustento. El contenido de la educación era secundario y, desde luego, el valor vocacional del griego y del latín, (...) así como el de la filosofía, las letras, la historia y la geografía (...) era desdeñable" (p. 175).

El contenido de la educación se subordina en este caso a la función que desempeñaban unas instituciones educativas insertas en el marco de la sociedad burguesa. Desde su posición privilegiada la burguesía contó con la posibilidad de utilizar "el mecanismo de la aristocracia y los de cualquier otro grupo de élite, para sus propios objetivos" (p. 177).

Desde dicha posición sin embargo, la burguesía no controla e impone un rumbo preciso al proceso social, y esto, porque el autor reconoce la presencia de otros sujetos. En consecuencia, aquella aparece formando parte de una trama de relaciones sociales sobre la que incide, pero que simultáneamente la afecta.

"La democratización, la aparición de una clase obrera con conciencia de sí misma y la movilidad social plantearon un nuevo problema de identidad social para aquellos que pertenecían o deseaban pertenecer a uno u otro estrato de esas clases medias. Resulta muy difícil realizar la definición de la burguesía y esa tarea se vio dificultada aún más cuando la democracia y la aparición del movimiento obrero condujeron a los que pertenecían a la burguesía (término que adquirió cada vez más connotaciones negativas) a negar su existencia como clase en público,

cuando no a negar la existencia de todas las clases" (pp. 170-71).

No es causal entonces, que Hobsbawm recién nos presente la fisonomía de dicha clase, sólo antes de la "*nueva mujer*", casi al final de un recorrido que le ha permitido distinguir los diferentes rostros que componían la sociedad burguesa. Esto es así porque desde su perspectiva sólo podrá dar cuenta de quiénes la integraban y cuáles eran sus rasgos distintivos, si antes ha reconocido, cómo el nuevo tejido de relaciones políticas y sociales estaba transformando la fisonomía de la sociedad burguesa en su conjunto y de qué manera el mismo afectaba la posición y las concepciones de la burguesía.

Ese escenario social y político que se estaba configurando en la era del Imperio, el de la "democracia integradora", revela una estrecha vinculación con las transformaciones económicas. Pero, ni la nueva trama de relaciones sociales, ni la nueva dinámica de la política, ni los nuevos dilemas que ambas plantearon, significaron una mera derivación de aquellos cambios. Habrá que dar cuenta de otras cuestiones y problemas y con este propósito, Hobsbawm explora los ámbitos político, social e ideológico sin perder de vista la especificidad de cada uno, pero al mismo tiempo intentando dar cuenta de cómo y por qué, de alguna manera, estuvieron vinculados.

Los rasgos distintivos de esa sociedad y esa política renovadas, puntos de partida para explicar su dinámica, fueron, según este autor, la presencia de las masas movilizadas y el proceso de democratización.

A partir de la constatación de que "las masas acabarían haciendo su aparición en el escenario político les gustara o no a las clases gobernantes" aborda una serie de cuestiones estrechamente concatenadas unas con otras. Quiénes integraron esas masas?. De qué manera su presencia afectó la preservación del orden vigente?. En qué medida y en qué forma la fisonomía social renovada derivó en la búsqueda, la elaboración e instrumentación de nuevas prácticas y recursos en el escenario político?. De qué modo este conjunto de transformaciones incidió en la crisis de la sociedad burguesa, aunque no del capitalismo?.

La necesidad de precisar la fisonomía de las masas lo llevan al reconocimiento de las clases que las integraron. Unas más precisamente definidas, como las clases trabajadoras; otras de rasgos ambiguos, el "*mundo de la gente pequeña*"; otra de presencia masiva, pero con escasa incidencia en el escenario político, los campesinos. Y además, junto a ellas, los grupos de ciudadanos nucleados y movilizados en torno de ciertos principios como la religión o la nacionalidad.

Cada uno de estos grupos es objeto de un tratamiento particular pero discriminando el espacio que se les concede y la forma en que se los analiza, en virtud de su gravitación específica en el escenario social y político. Una gravitación que es reconocida por Hobsbawm, no sólo en función de su peso numérico y de su papel en la producción económica, sino también teniendo en cuenta la

coherencia y la cohesión que expresaron cada uno de ellos y esto a través de la identificación de sus actitudes, de las acciones que desplegaron y mediante las cuales precisaron sus identidades, intereses y objetivos.

A las clases trabajadoras les dedica un capítulo ("Trabajadores del mundo", cap. 5) con el propósito de explicitar los elementos y las prácticas que los configuraron como un sujeto social con fisonomía propia, pero también de aquellos que los fracturaron e hicieron sus contornos más imprecisos. Y aquí nuevamente, a través de una mirada que combina los aspectos económicos, políticos, culturales. La fisonomía de los trabajadores es entonces, el resultado de un análisis que los observa en el ámbito de la producción, desde sus formas de vida, sus prácticas políticas, sus relaciones con las propuestas sociales y políticas, especialmente el socialismo y el marxismo, en definitiva, a través de la manera en que se reconocieron y se hicieron reconocer, y todo ello sin descuidar el registro de las connotaciones específicas que asumieron cada una de estas cuestiones, en cada sociedad particular.

Los sectores pequeño-burgueses (en ocasiones también clase media) en cambio, asumen una presencia decisiva a la hora de explicar el nacionalismo (cap. 6 "Banderas al viento: las naciones y el nacionalismo") y no porque el autor presupone una tendencia "natural" de estos grupos hacia dicha concepción.

El nacionalismo no apareció en este período, ya había circulado ampliamente, pero en la era del Imperio su gravitación se intensificó y sus contenidos fueron revisados asumiendo otros significados. De qué manera, el autor explica su papel y precisa su ubicación en el escenario de la democracia integrada?. Buscando dar cuenta de su complejidad, indaga el nacionalismo a través de sus relaciones con los diferentes grupos sociales, de sus articulaciones con otras ideas y valores, mediante el registro de las formas en que se lo utilizó. A través de estos diferentes ángulos, el mismo revela una significación rica en matices. Se lo reconoce simultáneamente como una fuerza política, una ideología, un sentimiento, y asumiendo contenidos específicos a través de su apropiación y utilización por parte de los sujetos sociales -sobre los que él también incidía- y en virtud de su ubicación respecto al poder político en cada contexto social específico.

Si bien se concretó una relación estrecha con las capas medias de la sociedad en la medida que "les proporcionaba una identidad colectiva como defensores auténticos de la nación que les eludía como clase" sus relaciones con la sociedad no se agotaron en este vínculo. Fue también capaz de suscitar adhesiones en otros sectores sociales: las clases altas, el campesino, algunos estratos de la clase obrera.

En el terreno de la política de la democracia, el Estado encontró en él un instrumento adecuado para legitimarse. En este sentido, el nacionalismo asumió una gravitación destacada en unas instituciones educativas que se expandían, especialmente la escuela primaria, al calor de las exigencias de una economía que

requería de una educación elemental de masas, y de una política que necesitaba niños que aprendieran a ser buenos súbditos y ciudadanos.

Observado desde esa "democracia integradora" que se estaba forjando, el nacionalismo fue uno de los materiales utilizados en la "invención de la tradición", la tarea emprendida por "los gobiernos y las élites gobernantes" con el propósito de "asegurar la subordinación, la obediencia y la lealtad" en un momento en que se resquebrajaban los antiguos métodos, fundamentalmente religiosos.

En la exitosa concreción de dicha empresa, Hobsbawm también reconoce aquellas ceremonias de la realeza que Mayer concibió como instrumentos destinados a preservar el prestigio de las noblezas, pero replanteando su significación. En primer lugar porque desde su lectura, "la Corona y la gloria mili" aparecen combinadas "con otros sistemas nuevos como el Imperio y la conquista colonial" (p. 107). Y además porque, esta gama más variada de recursos no fue sólo el canal de expresión de las concepciones y los valores de las clases dirigentes. Su eficacia dependió de la capacidad del poder político para incorporar los valores y los sentimientos presentes en el pueblo.

"Al igual que la horticultura, ese sistema (la invención de la tradición) era una mezcla de plantación desde arriba y crecimiento -o en cualquier caso, disposición para plantar- desde abajo. Los gobiernos y las elites gobernantes sabían perfectamente lo que hacían cuando crearon nuevas fiestas nacionales, como el 14 de Julio en Francia (en 1880), o impulsaron la ritualización de la monarquía británica (...)" (p. 106).

Si bien la política de la democracia es reconocida como resultado, en gran medida, de las transformaciones que se concretaban en la trama de relaciones sociales, se configuró como tal a través de la específica articulación de elementos que le eran propios: partidos, símbolos, ideas, discursos, gobiernos....

Aunque el autor ha reconocido los nexos forjados entre la sociedad, la economía y la política, a través de su explicación, ni la sociedad es el mero reflejo de la economía, ni la política sólo el terreno en el que las clases compiten por el poder.

Esto resulta especialmente evidente en su manera de presentar los gobiernos y a quienes controlaban los resortes del poder político. Evita conferirles un rostro social preciso y determinado, en lugar de un sujeto social o una clase definida, cuando se refiere a quiénes decidían e imponían, con objetivos más o menos precisos, un determinado rumbo a las acciones políticas, recurre a expresiones como, "los hombres que gobernaban" (p. 89), "los gobiernos y las elites gobernantes" (p. 106), "los regímenes políticos llevaron" (p. 107). A partir de la posición social de quienes integraban los organismos de gobierno se reconoce una destacada distancia entre uno y otro ámbito. El personal que integraba las instituciones y los organismos de gobierno adquiría cada vez más, una fisonomía

propia y una débil conexión con las clases sociales, eran "individuos cuya carrera y riqueza dependían del éxito que pudieran alcanzar en el nuevo sistema político" (p. 97). No obstante, el accionar de estos "hombres que gobernaban" no era arbitrario ni respondía sólo a los criterios de eficiencia de la burocracia que ocupaba sus espacios. Y esto en virtud de que, desde la manera en operaba dicho poder político se reconoce una definida vinculación del mismo con el ámbito social. Los gobernantes estaban condicionados por las limitaciones que se derivaban de la necesaria reproducción del orden vigente. No podían ir más allá del mismo, debían garantizar "la continuidad de lo que para las elites del país era una política sensata, sobre todo en la vertiente económica" (p. 96) y éste fue uno de sus problemas, en el marco de la democratización.

Estos límites fueron sumamente flexibles y en absoluto controlados por la clase que dominara en la sociedad burguesa, tal como pone de relieve el hecho de que la misma, conforme alcanzó su apogeo, fue la principal "víctima de las contradicciones inherentes a su progreso" (p. 10).

Desde una economía que se transformaba, reconocimos un espacio mundial signado por las tensiones en unos ámbitos y por los éxitos económicos en otros. Y en estos últimos, especialmente, nos encontramos con un nuevo escenario político y social. En este contexto, según Hobsbawm, se concretó la crisis de la sociedad burguesa. Pero, ¿de qué manera precisa fue afectada la burguesía? ¿Cómo y por qué fueron conmovidos los cimientos de la sociedad que ella, en gran medida, había forjado? A través de qué procesos concretos se produjo este desenlace?

Estos son los interrogantes a los que este estudio intenta dar respuesta a partir de la fisonomía y la dinámica que se han reconocido en dicha sociedad.

Para esa burguesía en pleno apogeo, los cambios que cuestionaron su fisonomía y posición provinieron tanto del escenario económico y social, como del político. En el marco de la economía, los hombres de negocios independientes, propietarios de sus empresas se encontraron cada vez menos seguros de poder mantener esa independencia desde el momento en que dichas empresas empezaban a ser reemplazadas por grandes corporaciones cuya dirección quedaba en manos de profesionales asalariados.

Junto con la desestabilización de su posición en el ámbito productivo, su otro pilar, la familia burguesa centrada en la figura del varón era cuestionada a partir de la presencia de la "nueva mujer", producto ella misma de la sociedad burguesa.

"La erosión de la familia burguesa (...) no podía dejar de socavar la autodefinición de una clase que descansaba en tan gran medida en el mantenimiento de la familia, una clase en la que la respetabilidad era equivalente de moralidad y que tan fundamentalmente dependía de la conducta de sus mujeres". (p. 189).

Por otra parte, la irrupción de las masas en el escenario social y político

obligó a buscar respuestas frente a los problemas de la cohesión social, los de la lealtad de los ciudadanos y la legitimidad de los gobierno. Frente a este conjunto de desafíos se debilitó la ideología que había conferido su contorno específico a la burguesía decimonónica.

"*Las más sentidas e incondicionales alabanzas de los beneficios de la razón, la ciencia, la educación, la ilustración, la libertad, la democracia y el progreso de la humanidad*" (p. 191) eran pronunciadas cada vez más por un número más reducido de miembros de la burguesía. Las dudas no afectaron a todos los ámbitos de la sociedad burguesa con igual intensidad.

"El progreso económico parecía todavía firme, (...) aunque generara movimientos obreros organizados dirigidos, por lo general, por peligrosos elementos subversivos. (...) el progreso político era un concepto mucho más problemático a la luz de la democracia. En cuanto a la situación de la cultura y la moralidad, parecía cada vez más enigmática" (p. 189).

También en el campo de las ideas, el arte y la ciencia se concretaban transformaciones que afectaban los cimientos sobre los que se asentaba dicha sociedad: sus valores, sus concepciones, su visión del mundo (cap. 9 "La transformación del arte", cap. 10 "La ciencia", cap. 11 "La razón y la sociedad"). Si bien lo que ocurrió en el campo intelectual y artístico no puede explicarse a partir de los cambios que estaban concretándose en otros espacios de la sociedad, para Hobsbawm, no es válido ignorar lo que todas ellas compartían y que en cierta medida las vinculaban.

"(...) todos los historiadores han observado el hecho de que la transformación revolucionaria de la visión del mundo científico que se produjo en esos años forma parte de un rechazo, más general y dramático, de valores, verdades y formas de considerar el mundo y estructurarlo conceptualmente, bien establecidos y asentados desde hacía mucho tiempo. Puede ser fruto de la casualidad o de una selección arbitraria que la teoría cuántica de Planck, el descubrimiento de Mendel, la *Logische Untersuchungen* de Husserl, *La interpretación de los sueños* de Freud y la *Naturaleza muerta con cebollas* de Cézanne sean acontecimientos que puedan datarse todos ellos en 1900 (...), pero la coincidencia de una serie de innovaciones trascendentales en diferentes dominios no deja de ser notable" (p. 256).

Desde esta perspectiva encara el mundo del arte, entendiendo que no resulta posible explicar los dilemas que enfrentaban quienes intentaban expresarse a través de sus códigos, o atender los nuevos desarrollos que afectaron al campo de la cultura, al margen del avance de la tecnología, de la presencia de las masas, de la gestación del mercado de consumo y de la industria de la publicidad.

Las vanguardias, que desde la visión Mayer, se aislaron ante la hostilidad de las instituciones al servicio de la alta cultura y la indiferencia de la burguesía, vistas desde Hobsbawm, enfrentan otros dilemas. El de su relación con

las masas, de las que se fueron distanciando a medida que la posibilidad del cambio revolucionario se fue diluyendo y en su lugar asumieron una destacada presencia las tareas políticas rutinarias. El de las tensiones derivadas de una realidad a la que, la presencia de la nueva tecnología y el nuevo tipo de racionalidad humana que se esbozaba desde la ciencia, se hacía cada vez más difícil registrar desde la sensibilidad propia del arte hasta ese momento.

Y desde esta mirada atenta a lo nuevo, su reconocimiento de lo que evalúa como la revolución cultural más significativa del período, el cine. Una nueva manera de presentar la realidad frente a las expresiones del arte ya consagradas, que se impuso *"de forma inesperada, ignorado por los custodios de los valores culturales"* pero que *"ya no era, no podía serlo, el arte del mundo burgués y de la centuria burguesa, excepto en un aspecto esencial: era profundamente capitalista"* (pp. 241-42).

Mientras en el campo científico -el ámbito con mayor grado de autonomía respecto a la trama de relaciones sociales, políticas, económicas e ideológicas- también se concretaban profundas transformaciones que afectaban la manera de concebir la racionalidad humana tal como la había entendido la sociedad burguesa, en el de las ciencias humanas y sociales se registraban más directamente las consecuencias de las tensiones que afectaban a la sociedad burguesa.

Desde la ciencia era cuestionada la aceptada interpretación sobre el universo, aquella que lo concebía como una obra en construcción a la que resultaba posible terminar y cuyos cimientos eran los hechos. Ahora esta concepción se desvanecía y la "realidad" perdía consistencia en el mundo de la ciencia. Esta creaba sus propias reglas de juego y a partir de ellas se abrían múltiples e imprevisibles posibilidades.

También en el campo de las ciencias humanas y sociales, la razón fue objeto de un severo cuestionamiento. Lo que ocurrió en este escenario estuvo estrechamente relacionado *"con la crisis intelectual del mundo burgués"*.

En este caso, las incertidumbres en torno a la razón no era un fenómeno generalizado. Por el contrario, observada desde el conjunto social que se urbanizaba y alfabetizaba rápidamente, la razón asumía una gravitación cada vez más importante, al tiempo que se debilitaban las concepciones religiosas sin que por ello la religión hubiera pasado a ser un mero vestigio del pasado.

El registro del hombre y de la sociedad concretada desde las ciencias sociales y humanas tuvo un fuerte sesgo pesimista respecto a las posibilidades que podía ofrecer la racionalidad humana. Y esto tanto en relación con el nuevo escenario social y político en el que se distinguían, especialmente desde la nueva mirada de la sociología, los dilemas de la legitimidad política y la cohesión social, como en virtud de los resultados a los que arribaban renovadas disciplinas, como la psicología. Desde ésta, la conciencia racional se revelaba cada vez menos como

el principio rector capaz de dar cuenta de todas las acciones de los hombres, en ellas intervenían también, y de manera decisiva, los instintos, el inconsciente y otras formas de conciencia.

Toda la compleja trama de relaciones que constituía a la sociedad burguesa perdía consistencia y avanzaba hacia su desintegración sin que la burguesía asumiera actitudes definidas para impedirlo.

Al final del recorrido, la guerra, el último y dramático acto del siglo burgués, el desenlace de la crisis y su expresión más acabada. El fin de una época para Hobsbawm, el principio del fin para Mayer.

Una guerra que es decididamente, entendida como el resultado de un proceso y no de la elección consciente de determinados sujetos sociales, más allá del apoyo y el entusiasmo que esta empresa suscitó en algunos sectores de la burguesía: una parte importante de su juventud, de sus intelectuales y aquellos que no encontraban su lugar en el nuevo escenario social y político.

La misma estaba ya presente en la dinámica que asumió el capitalismo en este período "fueron las mismas tendencias de la economía de los años anteriores a 1914 y gracias a las cuales las clases medias vivieron una época dorada, las que llevaron a la guerra mundial, a la revolución y a la perturbación e impidieron el retorno al paraíso perdido" (p. 55)

Estas tendencias se concretaron en la presencia de una importante y poderosa industria de guerra que beneficiada por el clima de paz armada forjó una estrecha vinculación con el Estado, su principal sostén. Sin embargo, la Gran Guerra no fue la aventura emprendida por los hombres de negocios, para la mayoría de ellos *"la paz internacional constituía una ventaja"* (p. 315).

De manera mucho más decisiva, las fuerzas económicas prepararon el escenario en el que aquella se desencadenó, en virtud de la tendencia hacia la expansión que era inherente al capitalismo. Fue a partir de la misma que se configuró ese mundo cada vez más unitario y escindido y en el que algunas de sus zonas, las que se encontraron signadas en forma permanente por la presencia de la crisis y la revolución, afectaron la estabilidad del nuevo escenario mundial.

En este contexto fueron modificadas las relaciones entre las potencias europeas que eran a su vez las economías más desarrolladas y entre estos cambios, tuvo una especial gravitación a los fines de entender la guerra, la nueva e insalvable rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania que derivó en el nuevo y explosivo sistema de alianzas.

Desde Hobsbawm, la guerra adquiere una significación que impide identificar una única y definida causa. Es el resultado de la compleja articulación de un conjunto de elementos y procesos que se han desarrollado más allá de determinados intereses.

Esta perspectiva no abandona la explicación de la misma remitiéndola a un amplio repertorio de factores disímiles. En su condición de fenómeno

específico, el autor lo ubica en un campo de relaciones en el que cada elemento ocupa un lugar preciso y debidamente fundado, en el que lo coyuntural resulta tan decisivo como lo estructural a la hora mostrar, de qué manera y por qué se puso en funcionamiento la maquinaria de guerra. Esto le exige que vuelva hacia las transformaciones económicas; que revise la nueva política; que se detenga en el análisis del escenario internacional: sus tensiones de más vieja data y el muy reciente sistema de alianzas; que recuerde las incertidumbres de la burguesía y la fuerza de las naciones y los nacionalismos. Para llegar a la conclusión de que a pesar de esa paz armada, nadie esperaba, nadie creía que la catástrofe finalmente se hiciera realidad.

III. Entre la persistencia del Antiguo Régimen y la Era del Imperio

¿ Entre la historia desde la política y la historia desde la economía?

El mismo período; dos miradas que lo recorren a través de la economía, la sociedad, la política, la cultura; dos afanes compartidos respecto a la Primera Guerra Mundial: explicar sus causas y el significado de la misma; y como resultado: dos interpretaciones decididamente contrapuestas. ¿Por qué resulta posible presentar dos panoramas tan disímiles? ¿Cómo dar cuenta de estas divergencias?

En su Introducción, Mayer encuentra la respuesta a estos dilemas en la actitud del investigador, qué elementos enfocó, cuáles dejó en las sombras.

"Los historiadores llevan demasiado tiempo centrándose excesivamente en los progresos de la ciencia y la tecnología, del capitalismo industrial y mundial, de la burguesía (...)" (p. 15).

"Los estudiosos de todas las tendencias ideológicas han disminuido la importancia de los intereses económicos preindustriales, de las élites preburguesas (...)" (p. 16).

Desde esta perspectiva, podríamos sostener que las versiones contrastantes de Mayer y Hobsbawm son el producto de énfasis diferentes, lo que uno destaca el otro lo soslaya. Y sin embargo, aquí comienza el problema: por qué se privilegian unos aspectos, al tiempo que se descartan otros?, en qué razones se fundan estas decisiones?

La elección entre una u otra alternativa, la sociedad burguesa en el caso de Hobsbawm, los *anciens régimes* en el de Mayer, está estrechamente vinculada con la manera en que cada uno de estos investigadores concibe la dinámica del proceso social e intenta dar cuenta del mismo.

La explicación histórica no es una mera acumulación de pruebas destinadas a confirmar lo que se ha postulado desde un modelo precisamente

concebido acerca de la dinámica del proceso social. Tampoco es una búsqueda ingenua de información para "saber qué pasó".

La explicación del pasado exige la búsqueda de sus huellas, requiere de una actitud amplia y flexible, libre de modelos rígidos que impidan registrar aquello que no está inscrito como una de sus categorías; pero se sostiene inexorablemente en una determinada manera (precisa/ambigua, explícita/implícita, consciente/más o menos difusa) de concebir el proceso social.

Sólo desde aquí, considero posible dar respuesta a los interrogantes planteados. A partir de reconocer cómo cada investigador concibe la sociedad, cuál(es) es(son) el(los) tipo(s) de relacione(s) y los modos de articulación que le adjudica, desde dónde la piensa y pretende explicarla. Por supuesto, esto siempre y cuando se le reconozca una lógica determinada es decir, se acepte la posibilidad de explicarla como un todo coherente, como es el caso de estos trabajos.

A modo de conclusión precisaré algunas cuestiones sobre cada una de estas perspectivas. Los rasgos distintivos de las mismas ya han sido explicitados a través del análisis anterior, aquí me limitaré a subrayar los aspectos centrales teniendo en cuenta la concepción sobre el proceso social que está implícita en las mismas.

Mayer que inició su estudio con una caracterización de las economías le confiere a este punto una importancia decisiva para fundamentar su interpretación: *"mi tesis resultaría absolutamente increíble sin el comentario de la base material de la sociedad"* (p. 12).

Sin embargo, como ya señalé, a través de dicho comentario no fue posible precisar la dinámica de la economía, porque estaba ausente como proceso forjado en torno a relaciones sociales. En consecuencia, en dicho ámbito no se pudo reconocer sujetos sociales. Lo que hizo Mayer en este caso fue conferirles el rótulo de nobleza terrateniente a diferentes sujetos económicos, a partir de constatar la existencia de grandes latifundios. Esto fue posible porque, desde su perspectiva, los sujetos sociales se constituyen como tales en el escenario político y social. En este, los agrarios se transformaron en una clase dominante con definida conciencia de sí misma. Y esto en virtud de su control sobre los resortes del poder.

Esta "propiedad" de las clases gobernantes sobre el poder político era el resultado de una conjunción de factores. Por una parte, quienes ocupaban los espacios de poder eran portadores de una herencia, su posición y fisonomía como clase dirigente se derivaban de legados históricos que constituían su mayor capital: prestigio social, recursos simbólicos, creaciones culturales... Pero además en virtud de que ya estaban instalados en el corazón del poder tenían mayores posibilidades para conservarlo y en consecuencia reproducirse como clase gobernante. Por último, el hecho de que su acción se desplegara en un contexto donde no había espacio ni posibilidades para que se configurasen otros sujetos capaces de disputarle la hegemonía. La burguesía estaba signada por una conciencia tan débil

y frágil que no ofreció ningún tipo de resistencia frente al proceso de fusión que se le proponía. Era sólo una sombra que ansiaba encarnarse en la nobleza.

Si bien en el ámbito político las diferencias entre los agrarios se desvanecen ante esas vigorosas y monolíticas clases gobernantes, aquí tampoco resulta posible reconocer una trama de relaciones sociales, un contexto en el que la clase dominante despliega su hegemonía. Mayer ha reconocido en este escenario político la instancia decisiva para dar cuenta de la dinámica del proceso social, pero observa al mismo sólo desde arriba, excluyendo todo aquello que no sea visible desde dicha mirada. No están presentes los partidos políticos, la clase obrera, el espacio urbano (más allá de que algunas cifras destaca el crecimiento de las ciudades), las clases medias de profesionales, el liberalismo.

Cuando presentó su trabajo enunció explícitamente que no adoptaría una perspectiva equilibrada que permitiese dar cuenta de la *"interacción dialéctica entre lo nuevo y lo viejo"*. Pero el aspecto clave de esta elección consciente -según Mayer, destinada a contrarrestar las interpretaciones dominantes- es que supone, una determinada manera (no explicitada) de explicar el proceso social. De acuerdo a la misma, la lógica y la dinámica de dicho proceso quedan subordinadas a la lógica y dinámica de un sujeto social, la clase con hegemonía.

Esto es lo que ha hecho Mayer a través de toda su argumentación destinada a demostrar la persistencia del Antiguo Régimen, ha reducido el proceso social de los *anciens régimes* a la lógica del sujeto con hegemonía: la nobleza terrateniente, militar y de toga (grandes propietarios y gobernantes absolutos). Pero desde su punto de partida, la economía, hasta cuando analiza el eje vital de los *anciens régimes*, la política, ha obviado la trama de relaciones sociales en la que se forja y despliega dicha hegemonía.

Desde esta mirada, la explicación del conjunto social se reduce a mostrar cómo y por qué, una clase con definida conciencia de sí misma que controla el poder: opera sobre la economía, instrumenta la cultura, estructura las relaciones sociales y conduce a la humanidad a la Gran Guerra.

Mayer nos presenta su trabajo como una *"historia marxista vista desde arriba y no desde abajo"* (p. 12), pero en este intento su mirada se confunde con la de los sujetos que pretende explicar y su visión queda atrapada en el espacio de aquellos

De qué manera dicha perspectiva afecta la reconstrucción del pasado ? ¿Cuáles son las posibilidades, (y las limitaciones) que se derivan de la misma a fin de explicarlo?

En la medida en que el sujeto social se erige en el principio que otorga sentido y coherencia al conjunto social, se niega la existencia de ámbitos y niveles específicos con una dinámica propia. Estos son sólo espacios ocupados centralmente por la clase con hegemonía, e instrumentos adecuados para el despliegue de sus prácticas y la concreción de sus objetivos. No existe la posibilidad de conferirles

una dinámica propia, en consecuencia, se excluye la posibilidad de reconocer determinaciones objetivas que de alguna manera condicionen las acciones de los sujetos. Ni en la economía, ni en la sociedad, ni en la política, ni en la cultura se reconoce una lógica propia que permita dar cuenta de una dinámica específica y del modo en que cada uno de estos niveles se articula con los otros. Se abre así un vasto espacio para la autodeterminación de los hombres que hacen su historia muy débilmente condicionados, por supuesto, no todos los hombres, sólo aquellos que conforman la clase con hegemonía.

Los pilares en los que se sostenía el Antiguo Régimen: una economía agraria, una sociedad nobiliaria, un poder político monárquico (aristocrático, si queremos incluir a Francia), son al mismo tiempo los rasgos distintivos de la clase dominante y a partir de los cuales explica su conducta. En lugar de probar la vigencia del viejo orden, ha reconocido la persistencia de unas clases altas preburguesas que conservan su posición hegemónica. A partir de ellas, construye su explicación del pasado. Los interrogantes de cómo y por qué están relacionados los diferentes aspectos del mismo no tienen cabida en la perspectiva de Mayer, porque esos diferentes aspectos están determinados por la conciencia de la clase dominante.

Partiendo del presupuesto de que la conciencia de una clase hegemónica es la condición necesaria y suficiente para dar cuenta de la lógica del proceso social, se cae en una argumentación circular en la que las definiciones condicionan las explicaciones: los *anciens régimes* persisten porque todos los niveles de la sociedad operan de acuerdo a la dinámica que le imprimen sus clases dirigentes y éstas a su vez son reconocidas como tales, porque reúnen todos los rasgos distintivos de los *anciens régimes*. La historia de los *anciens régimes* es en definitiva el registro de cómo, aquella clase que se distingue con una precisa conciencia de clase despliega su poder, concreta sus objetivos y, en última instancia, construye su propia historia

Las respuestas de Hobsbawm respecto a cómo y por qué están relacionados los diferentes aspectos del conjunto social son sustancialmente diferentes a las que hemos encontrado en Mayer. La sociedad burguesa de Hobsbawm se distingue centralmente de los *anciens régimes* de Mayer, porque desde la perspectiva de aquél, se excluye la posibilidad de explicar la dinámica del pasado a través de la conciencia de un sujeto. El punto de partida de Hobsbawm es el de la forma de producción social, el capitalismo, el cual opera a la manera de substrato que confiere una relativa coherencia y cohesión al conjunto social, pero nunca como el principio determinante del proceso histórico, ni como el hilo conductor capaz de dar cuenta de la manera específica en que éste se despliega.

En la obra de este historiador nos encontramos con sujetos que se definen a través de las relaciones económicas, sociales, políticas que unos forjan con otros, mediante prácticas sociales que suponen diferentes tipos de conciencia

específicas pero no definidas con precisión al margen de dichas relaciones (reconocidas en virtud de sus contenidos, pero también en razón de su consistencia) y en el marco de unas condiciones dadas, pero no cristalizadas. Unas condiciones que reconocen en la reproducción de la forma de producción social, el capitalismo, su núcleo duro, pero que asumen contenidos concretos en relación con los modos y la dinámica que vinculan a los grupos sociales entre sí.

Desde su mirada, cada uno de los niveles y ámbitos de la sociedad asume una fisonomía propia, en cuya configuración intervienen las prácticas, los elementos, los modos de vinculación que conforman y a través de los cuales se despliegan las relaciones sociales. Niveles específicos entre los que reconoce además, una compleja articulación cuyo núcleo central es el capitalismo, y desde la que resulta posible pensar ese todo de alguna manera coherente.

A partir de estos presupuestos puede plantearse como punto de partida la búsqueda de cómo y por qué están relacionados los diferentes elementos del pasado. Y al mismo tiempo no dar por supuesta ninguna respuesta, las mismas sólo podrán ser registradas (en forma provisoria y no acabada) luego de la reconstrucción de la historia.

El todo coherente que nos propone Hobsbawm no es una totalidad que da cuenta de lo social en forma acabada y completa, es una posibilidad desde donde pensar la realidad y desde donde organizar el material diverso y complejo que enfrenta el historiador.

Su perspectiva se sostiene en fuertes presupuestos. Que el intento de observar el proceso social como un todo coherente es un afán válido y no la pretensión totalitaria de una razón avasallante que subordinando la realidad a una lógica que le es propia, acaba en la negación de todo aquello que no se corresponde con la misma. Y supone también, que aunque a través de la historia no sea posible adquirir certidumbres, ni sobre el futuro ni sobre el pasado, la reflexión en torno a éste posibilita observar el presente desde una mirada menos unilateral e inmediata.

Al final de este comentario sólo me resta ofrecer algunas consideraciones más personales, sobre el significado de estos trabajos.

Por una parte, que la magnífica reconstrucción que ha logrado Hobsbawm sobre la centuria burguesa, no se explica suponiendo que este historiador ha encontrado una fórmula precisa y en virtud de la cual, el pasado, abierto a la manera de un pergamino, podría ser exitosamente leído por quienes contasen con la preparación y los instrumentos requeridos. En primer lugar porque dicha fórmula no existe (y para comprobarlo, basta con sumergirse en la lectura de sus trabajos). Y en segundo lugar porque la calidad de su producción está decididamente vinculada con su capacidad como profesional, con su manera de ejercer el oficio de historiador y, en este terreno (creo) no existen recetas que nos garanticen la producción de la obra deseada.

Por otra, destacar que la crítica efectuada en torno a la obra de Mayer no está planteada en absoluto, a partir de una evaluación negativa de la misma. A través de los juicios emitidos sólo he intentado exponer las razones que, desde mi perspectiva, obstaculizan una cabal explicación del proceso social. No obstante, su mirada sobre ese mundo de arriba resulta fascinante y enriquecedora. La posibilidad de reconocer a través de Mayer, la presencia y la gravitación decisiva de aquellos sujetos y elementos que efectivamente estaban todavía presentes a fines del siglo XIX y principios del XX, resulta estimulante. En muchos sentidos, su imagen de aquel pasado es muy superior a ciertos esquemas simplistas que más allá de demostrar la gravitación de las fuerzas innovadoras, no nos permiten acceder a la comprensión de dicho pasado.

Después de haber intentado explicitar las perspectivas que enmarcan cada uno de estos trabajos, cabe consignar también la de quien ha estado dando cuenta de las mismas, portando previamente una posición acerca de qué historia practicar y cómo concretarla. Y aunque a esta altura del comentario no creo que queden demasiadas dudas, considero conveniente a fin de mantener la coherencia con los propósitos de este trabajo enunciar explícitamente mi total coincidencia con el tipo de historiografía que practica Hobsbawm. ¿En qué medida habrá afectado, mi propia posición, la evaluación que aquí expongo?. La respuesta a este interrogante queda pendiente; quien esté interesado en encontrarla, tendrá que sumergirse en estos dos textos fascinantes para elaborar sus propias conclusiones.

Bibliografía

Mayer, Arno (1984/1986): *La persistencia del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza.

Hobsbawm, Eric. *La era del imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, 1989.